

Instituto de Investigaciones Gino Germani

VII Jornadas de Jóvenes Investigadores

6, 7 y 8 de noviembre de 2013

Prego, M. Florencia

Universidad de Buenos Aires - Facultad de Ciencias Sociales

prego.florencia@gmail.com

Eje 1: Identidades y alteridades

**Procesos de estigmatización social: la construcción de una “alteridad
peligrosa” como forma de dominación y vigilancia social**

Problema de estudio

En este trabajo intentaremos abordar el resurgimiento en la Argentina post-crisis del 2001 de una fracción conservadora en los sectores medios, que construyen una identidad sostenida en la diferenciación social, sobre sectores que consideran agentes del desorden y la inseguridad social. Son los sectores populares marginados - expropiados en lo material, en lo cultural y en la casi totalidad de sus derechos-, sometidos a un proceso de estigmatización, exclusión y expulsión social, sujetos de una nueva “clase peligrosa”.

Objetivos

El objetivo de este trabajo es indagar en el proceso de construcción de alteridad desde la estigmatización por parte de la fracción más conservadora de la clase media urbana, sobre los sectores populares marginalizados, en Buenos Aires-Argentina. Analizar su funcionamiento como mecanismo de diferenciación social interclase y como mecanismo para la reproducción de la dominación y vigilancia, que garantiza la continuidad del orden social vigente.

Metodología

Tomaremos como material empírico los registros audiovisuales, testimonios y editoriales periodísticas de los “cacerolazos” que transcurrieron en el año 2012 y lo que va del 2013. En base al material seleccionado, evaluar las categorías que se construyen en torno a ese “otro”, que dan cuenta la existencia de elementos comunes estigmatizantes que construyen una identidad que hace a la reproducción de la distinción y la distancia social, que producen y reproducen la dominación.

Una breve introducción a la problemática: la relación de la clase media con los sectores populares marginados

Distintos autores y estudios toman la consolidación del neoliberalismo en la década de los noventa, como momento en que se inicia un proceso de profundización de la “violencia estructural”, con las posteriores consecuencias que trajo aparejado no solo en lo social, económico y cultural, sino en la relación entre la sociedad y el Estado. Un mercado excluyente, signado por despidos masivos y por la precarización de las condiciones de trabajo, y una relación Estado- sociedad también excluyente, cristalizada en la ausencia de políticas sociales que atendieran la situación de despojo y expropiación que atravesaban vastos sectores de la sociedad.

El neoliberalismo abrió camino a un profundo proceso de desigualdad social, marcado por la marginación y la exclusión social. Este será el momento histórico que tomaremos como punto de partida. Pese a que el propósito de este trabajo no reside en el estudio de la crisis del neoliberalismo y los estallidos que se dieron en el 2001, ya que merecerían un trabajo aparte, si nos servirá para analizar parte de las conductas y acciones de las distintas fracciones que componen la clase media argentina, la relación que construyen respecto a ese “otro”, situado en los sectores populares marginales, y como esa relación sufre en doce años una metamorfosis, que creemos significa un retroceso hacia posiciones de clase de índole conservador y excluyente.

La crisis desatada a fines de los noventa y que tuvo su punto culmine durante las jornadas del 19 y 20 de diciembre del 2001, fueron una bisagra y un salto en materia de acumulación política y en cantidad de luchas que se libraron al interior de la sociedad argentina, que tuvo un nuevo capítulo respecto a la relación entre fracciones de la clase media y los sectores populares marginados. Las consecuencias que el neoliberalismo perpetró sobre la sociedad, los impactos sociales y económicos, llevaron a la una unidad en acción a sectores de la clase media (sobre todo de la clase media media y de la clase media baja, que fueron dentro de esta clase las más afectadas por la crisis) y sectores populares; unidad cristalizada en la consigna “*piquete y cacerola, la lucha es una sola*”, haciendo alusión a los repertorios de protesta que había construido cada sector, señalando la unidad en el reclamo pero también una diferencia social.

Entendemos por sectores marginados a aquellos que producto de la reestructuración neoliberal de la sociedad argentina, fueron expropiados en lo material, en lo cultural y en la casi totalidad de sus derechos; que fueron expulsados del mercado de trabajo

formal sufriendo de forma directa la transformación en el modelo productivo. La desestructuración del mercado de trabajo, y las consecuencias que esto generó en materia de desocupación y desregulación de las condiciones laborales de los trabajadores (flexibilización laboral), sumergió a los sectores populares en una situación de precariedad social y de pobreza estructural.

Respecto a las clases medias, cuya heterogeneidad le es inherente, va a atravesar un proceso de mayor fragmentación producto de las transformaciones estructurales y de factores históricos que hacen a su condición de clase: su conservadurismo político, la carencia de una conciencia de clase y la sólida conciencia individualista, y el intento imitar los patrones culturales de la elite, aspirando a su forma de consumo y estilos de vida (Svampa, 2010). Se generó un doble movimiento interior: la movilidad ascendente y la movilidad descendente, produciendo una fractura interclase y una reproducción ampliada de las diferencias y desigualdades que acelera un proceso de polarización y distinción social, donde las clases medias en ascenso buscarán, no solo distanciarse de los sectores populares, sino también de las clases medias empobrecidas.

Pero la ilusión de la unidad de estas fracciones, comenzará a disolverse. Hay dos momentos que transformarán la relación entre la clase media y los sectores populares: en el año 2002 con el asesinato de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán en el marco de una jornada de cortes en todos los accesos a la Capital Federal por parte de organizaciones de desocupados, donde la fuerzas de seguridad acaban con la vida de los dos militantes en el Puente Pueyrredón; por otro lado, ante el secuestro y asesinato de Axel Blumberg que desembocó en un masivo reclamo por seguridad y “mano dura” sobre quienes atentan contra la vida y la propiedad privada de los ciudadanos. Estas situaciones, sumadas al crecimiento económico relativo que le permite a la clase media empezar a recuperarse de la crisis, fueron detonantes y factores que alentaron el alejamiento entre la clase media y los sectores populares marginados.

Pero no solo se dio un proceso de distanciamiento social, sino también de negación hacia sus formas y repertorios de protesta, transformándolos en objeto de peligrosidad. De una u otra manera, los sectores sociales marginados se transforman en el centro de sus denuncias, que por acción u omisión devienen en los principales agentes del desorden y la inseguridad. En la omisión de la acciones de estos agentes, tiene una implicancia fundamental el estigma y el prejuicio social que asume la forma de racismo y discriminación, ya que a priori tornan a estos sujetos en agentes del delito en potencia, por su condición de clase, su forma de vestirse, el barrio al que pertenecen, la música

que escuchan, por mencionar algunos elementos de distinción sobre los cuales descansa el proceso de subjetivación de ese “otro”, distinto al ciudadano integrado.

Por lo tanto, en este trabajo intentaremos abordar el resurgimiento en la Argentina post-crisis del 2001, de una fracción social conservadora en los sectores medios que se manifiesta, entre otros, ante el reclamo por mayor seguridad y penas punitivas contra quienes atentan contra la seguridad ciudadana, como así también contra quienes pretendan irrumpir el orden social vigente. La contracara del reclamo por seguridad y orden, tiene un anclaje ideológico de carácter represivo, bajo la forma específica de represión estatal contra los sectores sociales a los que consideran agentes del desorden y la inseguridad social, ya sea por plantear escenarios callejeros disruptivos, como por atender contra la seguridad de los “ciudadanos”, categoría que en su ejercicio, señala por sí una alteridad.

Los sectores sociales que son foco de los reclamos punitivos de las clase medias conservadores, son los sectores más vulnerables de la sociedad, sometidos a un proceso de estigmatización, exclusión y expulsión social que lejos de resolver los problemas estructurales en los que están sumergidos, los construyen como un “otro” peligroso sustentado sobre un imaginario social de carácter conservador. Serán los sectores populares marginados -expropiados en lo material, en lo cultural y en la casi totalidad de sus derechos-, quienes se constituirán como sujetos de esta nueva “clase peligrosa” y sobre los cuales las narrativas de esta fracción social comenzará a operar.

La construcción del “otro peligroso”: la estigmatización social como modo de dominación y vigilancia social

El objetivo de este trabajo es indagar en el proceso de construcción de la alteridad desde la estigmatización por parte de la fracción más conservadora de la clase media urbana, sobre los sectores populares marginalizados, y creemos que los testimonios obtenidos en los cacerolazos demuestran cómo opera este proceso de construcción de una otredad radical. Las cacerolas, como repertorio de protesta tomado principalmente por sectores medios y hasta altos de la sociedad, volvieron a hacerse escuchar en masivas movilizaciones que se llevaron a cabo en el año 2012 y en lo que va del 2013, sin un reclamo único, sino por oposición al gobierno de la actual presidenta Cristina Fernández de Kirchner. “*Estamos acá porque queremos que se vaya*”, era una de las principales respuestas que se encontraba entre la multitud.

Las consignas de los cacerolazos eran variadas, como lo era (o es) el componente social de los sectores movilizados. Así entonces, las cacerolas sonaron contra la corrupción, la reforma judicial, la inseguridad, la inflación, la re-reelección, la reforma constitucional, por mencionar algunas de las variadas demandas, que como decíamos, eran proporcionales al componente social de la movilización. Los cacerolazos pusieron de manifiesto, no solo dicha heterogeneidad, sino también la reaparición de una fracción de clase con expresiones y narrativas con desdén hacia el “otro”.

Una característica fundamental de la definición de los otros es que no son “Nosotros”, sino ajenos, donde la otredad en este caso es “*construida desde la demanda de su exclusión a partir de su nombramiento como alteridad peligrosa, excluible*” (Saintout, 2005). La construcción de ese “otro” estigmatizado -no solo por condiciones socioeconómicas sino también por determinaciones culturales y simbólicas- no puede desligarse del modo de dominación y de configuración del poder. De lo contrario, el análisis del problema de la alteridad, y los procesos de subjetivación que se construyen sobre el otro, no se abordaría desde su total complejidad.

La diferencia social sostenida sobre la heterogénea composición de capitales de las clases o sectores de clase, operan como mecanismo de distanciamiento social. La cuestión será observar, que factores intervienen en el proceso de subjetivación cuando los resultados son la construcción de un otro estigmatizado, negado, expulsado. Esto desemboca en la demanda por construir canales de vigilancia y control sobre estos sectores que constituyen una amenaza para el orden social y la seguridad ciudadana, aunque sea en estado de latencia, y garantiza de este modo, la reproducción del modo de dominación imperante, que en un proceso dialécticamente contradictorio, intensifica y aumenta la distancia social, mediante mecanismos que detentan, y en su mayoría obtienen, legitimidad social dentro de los márgenes de los sectores integrados. Pese a que nuestro estudio no se abordará desde el campo de la comunicación, podemos decir que los medios tienen un rol central a la hora de construir, producir y reproducir mecanismos de estigmatización y legitimarlos. Los medios también producen realidad social y son otro de los vehículos de proscripción porque operan en el etiquetamiento, naturalizan situaciones, legitiman y nombran; producen y reproducen sentidos. Recrean las estructuras simbólicas capaces de trabajar sobre los procesos de subjetivación producto de una lucha entre distintos sectores que están en pugna por imponer una visión determinada del mundo social (Bourdieu,1993). Esto cristaliza el poder que tienen los medios de comunicación masivos para anclarse en el sentido común, a través

de un doble proceso: ejerciendo su capacidad de mostrar y ocultar deliberadamente hechos con el objetivo de generar cierto pánico social sobre la “inseguridad”, el “desorden” y el “caos”, atribuidos a los sectores sociales excluidos que devienen a través del discurso mediático en un “otro” peligroso para el conjunto de la sociedad.

La construcción de alteridad sobre los sectores marginados, se apoya en dos pilares que creemos serán centrales para analizar el proceso de estigmatización. Por un lado, los señalados como un peligro potencial contra el orden y la seguridad, cuyos arquetipos más claros son los denominados “pibes chorros”, los “delincuentes”, es decir, aquellos que constituyen una “amenaza social” para los ciudadanos y su propiedad privada. Van a definir a estos sectores como aquellos que desprecian la vida, la propia y la ajena, como principales sujetos de la delincuencia, como portadores de una moralidad tan endeble que precisamente en la operación discursiva y de representaciones en que los despojan de cualquier escala de valores o elementos sociales que puedan identificarlos en el *Nosotros*, construyendo justamente la noción de otredad.

El discurso de la seguridad ciudadana o discurso de la inseguridad es uno de los principales vectores ideológicos que sostienen la construcción de alteridades peligrosas, de otredades amenazantes que serán el sustrato para reproducir alterofobia y estigmatización. La demanda de seguridad está referida directamente al delito y a la protección ante la posibilidad de ser víctima, y no tiene que ver con otras dimensiones de la producción social como vivienda, salud, educación. Seguridad es, en el discurso hegemónico, protección contra el delito, donde el primer dispositivo que opera es convencer de que todos estamos en riesgo ante el delito que está masificado y omnipresente. La gestión del miedo es el objetivo más evidente del discurso de la inseguridad que ya dijimos opera en el nivel ideológico, constituyendo en la subjetividad colectiva alteridades peligrosas, amasando así un sentido común que en la dimensión ideológica, cultural, sirva como sustento para la persecución, el encierro y quizá el aniquilamiento.

Los distintos testimonios que fueron recopilados durante los cacerolazos por los medios de comunicación, tenían como principal consigna la “seguridad” ciudadana. Los delincuentes *“entran por una puerta y salen por la otra”* fueron expresiones repetidas, y como consecuencia casi directa, el reclamo se orientaba hacia una justicia que aplique penas punitivas y ejemplificadoras como única forma de resolver la inseguridad. Decía un cartel: *“no venimos por el chori ni por el caviar. Estamos acá reclamando por justicia y seguridad.* Ese es también un elemento que estará muy presente en los

distintos testimonios, y tiene que ver con la idea de “autoconvocados”, de marchas “espontáneas”, para diferenciarse de ese “otro” que desde su lógica proscriptiva funciona como mano de obra para los escenarios que se montan en los actos políticos, que van por el chori o la droga; es ese “otro” que difiere del nosotros. Ellos, los “vecinos autoconvocados”, los “ciudadanos”, quienes van porque quieren, tienen conciencia de ello y convicción; a diferencia de ese “otro” que va porque le pagan. *“En la Argentina se está perdiendo la cultura de trabajo. Nadie quiere trabajar, nadie hace nada. Y estamos todos muy inseguros, y es un desastre”*, replicaba otro manifestante.

Un elemento que se introduce también en los reclamos de seguridad ciudadana remite a los DDHH, no los de ayer, como se ocupan de aclarar, sino los de hoy. *“Los que trabajamos, los que pagamos impuestos, somos personas dignas. Respeten los DDHH de los vivos”* declaraba un manifestante de 35 años edad promedio, pretendiendo hacer una analogía entre las víctimas de la inseguridad con las víctimas del terrorismo de Estado. *“Se va a acabar, la dictadura de los K”* fue uno de los principales cantos, y la emergencia de acusaciones y caracterizaciones de este régimen como tirano producto de la “falta de libertades”, como ser, el control para la compra de dólares, las inscripciones y actualizaciones en AFIP, el blanqueo de capitales, entre las principales libertades que estos sectores creen ver amenazadas.

Como decíamos entonces, el pedido de “justicia y seguridad” será uno de los reclamos centrales, que tiene su correlato en la exigencia de políticas punitivas, es decir, “mano dura” para quienes delinquen o para aquellos sujetos que por su condición y situación de clase, pueden llegar a serlo. La mera residencia en un barrio marginal o villa miseria, la música que escucha, la forma de vestirse, más si se trata de jóvenes, los vuelve posibles amenazas del orden y la seguridad. Esta misma corriente de opinión será decisiva a la hora de construir el discurso de la seguridad ciudadana, el discurso urbano blanco, que identificará a estos sectores como los productores principales de lo delincencial, ubicándolos en bordes o mejor, en rincones suburbanos, donde el tráfico de drogas, la violencia doméstica, el alcoholismo y la ausencia de valores otorgaran una densidad particularmente espesa en la mirada y el sentido de quienes consumen y producen (o viceversa) estos discursos. Emerge un reclamo por políticas punitivas que solo pueden conducir al fortalecimiento de un Estado coercitivo, que lejos de resolver la desigualdad y la violencia estructural, garantizará la continuidad de la exclusión y expulsión social.

Pero la estigmatización también recae sobre aquellos sectores marginales que se organizan y cuyos repertorios de protesta tienen carácter disruptivo no solo en la escena política sino sobre todo en las calles. Son narrativas que deploran las prácticas de protesta, a las que despojan de sentido, las exhiben como causante de problemas de tránsito o de funcionamiento anormal urbano, despreciando sus reclamos de inclusión. El discurso del “caos de tránsito” también construye un “otro peligroso” para el orden: los integrantes de organizaciones sociales, piqueteras, gremiales, etc., es decir los pobres organizados que siembran el caos y el desorden (principalmente) en la ciudad con sus cortes de la vía pública. Este discurso ensombrece, minimiza, deslegitima y descalifica la organización de los sectores sociales más empobrecidos, sus acciones (cortes de calles o rutas y escraches) y hasta sus demandas y reclamos (salariales, de puestos de trabajo, por bolsones de comida, de planes sociales, etc.). Al mismo tiempo, que legitima el creciente proceso de judicialización y criminalización de la protesta social. Resultan furibundos cuando los sectores populares marginales practican formas organizativas, al punto que cuando es imposible asociar las mismas al argot delincencial (mafia, patota, horda) las menospreciarán describiéndolas como prácticas del clientelismo político; buscarán en los referentes o líderes, “punteros”, buscarán el dirigente que hace el “negocio”, inhibiendo y negando la posibilidad de una producción política colectiva. Narrativas que hacen de ese “otro” un vago, que no quiere trabajar y que el Estado mantiene, subsidios mediante. Las narrativas dominantes van a hablar de mafias, bandas, patotas, barras; la mafia de los trapitos, la barra de la esquina, la patota, las hordas de piqueteros. Son los fenómenos de etiquetamiento social, estigmatización y represión en relación con sujetos (individuales o colectivos) que merecen a entendimiento del orden ser controlados, disciplinados, cuando no eliminados. Son los “residuos humanos”, categoría construida por Zygmunt Bauman, para analizar la situación de exclusión en la que están sumergidos los pobres, aquellos cuyo “destino no tiene retorno”, ya que están no solo condenados a la exclusión sino también a la expulsión y por ende, solo tienen espacio en los márgenes de la sociedad. Desde esos márgenes intentan irrumpir mediante reclamos de inclusión.

En las sucesivas manifestaciones observamos críticas al gobierno actual denunciado el sistema clientelar sobre el cual se sustenta, según estos sectores, su base de apoyo, y que se financia a costa de los impuestos de los ciudadanos. *“Soy del 46% que mantiene al 54%”*, decía el cartel que sostenía un manifestante exponiendo esta denuncia. Pese a la heterogeneidad de las consignas y reclamos, podemos observar algunos relatos que se

repiten, que construyen el “otro” como objeto (y no sujeto) de las políticas clientelares que funcionarán como mano de obra disponible para actos, o votos comprados. Estos discursos los identifican como un ejército de reserva para poner en funcionamiento la maquinaria del clientelismo político, como la mano de obra mercenaria de los actos, concentraciones, marchas u otro tipo de repertorios de la política, cuyo valor se mide en “choripanes”, droga o en planes sociales.

Ante la caracterización de este gobierno como “dictadura”, se le replicaba a los manifestantes que expliquen cómo logró entonces el gobierno su triunfo electoral con más del 54% de los votos a su favor. Los comentarios racistas, alterfóbicos y estigmatizadores, no tardaron en llegar: *“la gente lo votó, pero bueno, fue por el populismo. Lo único que hacen es dar planes sociales, planes de vivienda”* decía un joven con una edad promedio de 30 años, cuestionando los derechos sociales y las políticas públicas. *“Se compraron a todos los piqueteros, aparece gente que es del conurbano, que son hijos de extranjeros... Les dan casa, comida, colegio, salud, ropa y hospital”*, es otro de los testimonios recopilados que creemos miden la construcción de ese discurso estigmatizador. El aparato clientelar del Estado, no solo subsidia a los pobres, sino también a los extranjeros, que llegan, se alojan en las villas, no pagan impuestos, y que son “mantenidos” con el dinero de los ciudadanos: *“llegan, les dan el DNI en 24 hs, un plan y los hacen votar”*, era una de las explicaciones utilizadas para justificar la existencia del 54% de la población que votó este gobierno.

Otra mujer, con 50 años de edad promedio, cuando se le hacía la misma pregunta acerca de cómo esto puede ser una dictadura, comenzó a gritar intempestivamente: *“son vacas! Vacas ignorantes!”*. Nuevamente muestran signos que niegan a los pobres, los marginados, los subalternos, como sujetos políticos y de derechos. Otro hombre hablaba de “planes descansar” (haciendo una despectiva referencia a los planes trabajar, que consisten en precarios subsidios para hombres y mujeres desocupados) que era pagados con los aportes jubilatorios: *“ponen en el mismo nivel a los vagos con la gente que trabajó y aportó toda su vida”*. Agregaba que este mecanismo funcionaba para comprar votos y señala su preocupación por la tendencia a reemplazar *la cultura del trabajo por la cultura del delito*. Nuevamente, los pobres, los desocupados, los marginados, son potenciales delincuentes, son la amenaza social. Decía un cartel: *“SI bien vestidos y trabajadores. NO corruptos, chorros y vagos mantenidos con el dinero del pueblo”*.

Esta forma de dominación por lo tanto, tiene la potestad de la coerción, la cual aplica arbitrariamente, cuando no hay consenso con las clases subalternas. Pero también hay

un tipo de dominación, que no se reduce a la coerción física, sino que es una coerción constante: la violencia simbólica, de carácter racista. Basada en expresiones positivistas, desplazan lo social a lo biológico organicista, donde los blancos, las elites definen a los “otros”, a los negros, los pobres, los villeros como “inferiores”, como grupos que obstaculizan el tan proclamado “orden y progreso”. La diada pereza-trabajo, explicita el racismo social, el desprecio y la construcción que elaboran del ostracismo: son sectores que se rehúsan a hacer suyo el valor trabajo, valor fundamental de las sociedades modernas, y lo es, por pereza, por “vagos”. Para los sectores dominantes, el trabajo es sinónimo de obediencia y disciplina, de sumisión. Pero, y sobre todo si de trabajo manual se trata, estas disciplinas deben ser llevadas a cabo por los sectores inferiores.

Pudimos observar entonces, el discurso de la in-seguridad que construye un “otro peligroso”: joven, pobre, desocupado, “morochó”, residente en barrios pobres, como las villas miserias. *“Ser villero implica no solamente tener que soportar la carencia de servicios, vivienda precaria, incomodidades y peligros, también supone ser objeto de sospecha, ocupar un bajo lugar en la escala de prestigio social, ser discriminado y segregado”* (Margulis,1999).

Por lo tanto, la construcción ideológica, simbólica, cultural de la otredad radical de nuestros tiempos constituye un intrincado proceso que debe analizarse en relación con la dinámica estructural de cada formación social concreta en que se produce. Como hemos señalado, también la producción y circulación de discursos racialistas y excluyentes deben ser puestos en vinculación con la dimensión estructural socio-económica si los queremos captar en toda su complejidad: no solo construcción de subjetividad sino construcción de subjetividad a partir de situaciones y condiciones objetivas determinadas.

Conclusiones

La negación de protagonismo de estos sectores subalternos en la construcción social y política de nuestro país, la falta de legitimidad de sus sentidos, discursos y prácticas, y la demonización que sobre ellos se crea, expone por sí la necesidad de abordar este fenómeno. La hipótesis de nuestro trabajo supone a la estigmatización como una estrategia desde los sectores dominantes, por aumentar las brechas entre los sectores marginados y lo socialmente integrado, con el objetivo de imposibilitar la construcción de una fuerza política.

La dominación hegemónica se expresa o manifiesta a partir del poder de nombrar, de otorgar sentidos; es una relación también de cultura. Este discurso contiene también la asociación entre criminalidad y pobreza. Esta asociación cómoda y simplificadora se produce desde posicionamientos que podríamos llamar de derecha como desde el progresismo, sin advertir estos últimos que en ese mecanismo se está cristalizando la estigmatización y reproduciendo segregación.

La emergencia del reclamo de esta fracción de la clase media conservadora por políticas punitivas, solo podrían conducir al fortalecimiento de un Estado coercitivo, que lejos de resolver la desigualdad y la violencia estructural, garantizaría la continuidad de la exclusión y expulsión social de los sectores marginados. Emerge entonces una ideología de “inseguridad social”, “defensa social”, que habilita el ejercicio tanto de la violencia material como discursiva sobre aquellos sectores sociales que representan una amenaza. Ideología que se construye, en base a prenociones social y culturalmente aceptadas; el concepto de un “otro” distinto al “nosotros”, sobre el cual se deposita un estigma social. En el caso de los “delincuentes” una “consecuencia lógica” dada su condición social de (in)existencia, es la cárcel o la muerte por “enfrentamientos” con la policía. Son muertes naturalizadas y silenciadas, que no se problematizan (Daroqui, 2009). Por otro lado, en el caso de los desocupados que deciden organizarse colectivamente, creando su propia identidad y formas de lucha, se construye un estigma social donde el “piquetero” para los medios de comunicación y ciertos sectores de la sociedad, no solo es sinónimo de violencia, sino que se descalifica su acción de todo sentido político y solo producen “caos de tránsito” y desorden. Organizados o no, son considerados objetos de la políticas clientelares, sobre la cual sustentan su apoyo gobernadores, intendentes, concejales, es decir, son la base social de los distintos resortes de poder.

La diferenciación social se sostiene sobre una narrativa apuntalada y expandida masivamente por los medios de comunicación cuyo rol en el proceso de producción de estigmatización que solo conduce a la no integración, será no solo central sino que condición sine qua non para garantizar la reproducción de dicha lógica. La narrativa hegemónica hará de ese otro marginal, pobre, subalterno, un agente del desorden y la inseguridad social; donde lejos de resolverse los problemas estructurales e históricos que los atraviesan, utilizarán mecanismos no solo discursivos sino también simbólicos, culturales y coercitivos, para mantener a este excedente poblacional en los márgenes de la integración, bajo la vigilancia del Estado y sus instrumentos criminalizadores.

Creemos que en el afán de estigmatizar a los sectores populares marginados buscan profundizar la brecha entre éstos y los sectores integrados. Es decir, per se, tiene la funcionalidad de estigmatizar al desocupado, al pibe chorro, al trapito, al “villero”, que son los que integran los grandes bolsones poblacionales urbanos de reserva de fuerza de trabajo, para aumentar la brecha respecto a los trabajadores ocupados, a lo socialmente integrado, intentando así imposibilitar la transformación de las fuerzas productivas en una fuerza política. *Podemos decir entonces, que el intento por aumentar la distancia social entre el activo y el pasivo, opera como estrategia de las clases dominantes para obstruir objetivamente la transformación de esas fuerzas productivas en una fuerza política que socave el orden hegemónico, donde los proceso de estigmatización social, serán fundamentales para crear esas distancias sociales.* La construcción de un “otro” ajeno a cualquier canal de integración, los hace permanecer en el margen, obturando la posibilidad histórica de transformar las relaciones sociales de producción y dominación social.

Bibliografía

- Ansaldi, Waldo. *Frivola y casquivana, mano de hierro en guante de seda. Una propuesta para conceptualizar el término oligarquía en América Latina*. Publicado originariamente en *Cuadernos del Claeh*, Año 17, nro. 61, Montevideo, julio de 1992, pp. 43-48.
- Bauman, Zygmunt. *Vidas Desperdiciadas*. Ediciones Paidós Iberica, 2005.
- Bonavena, Pablo y Nievas, Flabián. *Del Estado Nacional al Estado Policial*. Publicado en el libro “La Nueva Derecha. Una Reflexión Latinoamericana”. Director del Proyecto: Robinson Salazar. Ediciones Elaleph/Colección Insumisos Latinoamericanos. Argentina, 2009.
- Bonavena, Pablo y Nievas, Flabián. *El declive de la ciudadanía*. Revista Pensares. Publicación del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades “María Saleme de Burnichon” (CIFYH) Número 5 de Noviembre de 2008. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Nacional de Córdoba.
- Daroqui, Alcira (Eds). *Muertes silenciadas: la eliminación de los “delincuentes”. Una mirada sobre las prácticas y los discursos de los medios de comunicación, la policía y la justicia*. Buenos Aires: Ediciones del CCC, 2009.
- Foucault, Michael. *Genealogía del racismo*. Buenos Aires: Altamira, 1993.
- Izaguirre Inés y colaboradores (Eds). *Lucha de clases, guerra civil y Genocidio en Argentina, 1973-1983. Antecedentes, desarrollo, complicidades*. Buenos Aires: Eudeba, 2009.
- Izaguirre, Inés. *Argentina 2007-2009: Confrontación política y violencia simbólica en el ámbito de los juicios contra los represores de la dictadura milita*. Buenos Aires, mayo 2009. Publicado en www.apdh-argentina.org.ar/biblioteca
- Izaguirre, Inés. *Una larga tradición de prácticas genocidas normalizadas*. Agosto de 2007, ALAS XXVI, Guadalajara, México. Publicado en www.apdh.argentina.org.ar/biblioteca
- Margulis, Mario. *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Ed. Biblos, 1996.
- Saintout, Florencia. *Abrir la comunicación. Tradición y movimiento en el campo académico*. Buenos Aires: Ediciones de Periodismo y Comunicación, 2003.

- Svampa, Maristella. *La sociedad excluyente: la Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus, 2010.
- Wacquant, Löic. *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires: Manantial, 2008.
- Wacquant, Loic. *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Editorial Manantial, 2001.

Bibliografía audiovisual

- <http://www.youtube.com/watch?v=XZhBL-c4ItY>
- <http://www.youtube.com/watch?v=eKWyVGv8XSc>
- http://www.youtube.com/watch?v=mV_z1OPfyFA
- http://www.youtube.com/watch?v=b13tY_iUI2E
- <http://www.youtube.com/watch?v=4Dtpc2rKAjc>